

4

HERMANOS COMO CLARET

Martes, 14 de julio de 2020

Meditación de la tarde

Oración inicial

*Te suplicamos humildemente, Señor Dios nuestro,
que unas en un mismo corazón
a los que compartimos el espíritu
de tu siervo Antonio María
para que, concordes en el mutuo amor,
podamos ser testigos de tu caridad
entre los hombres.*

Por Jesucristo nuestro Señor.

(Directorio Espiritual CMF, n. 70)

1. Petición al Señor

*Padre, ayúdame a reconocer a todos tus hijos como
hermanos míos. Que tanto en la comunidad, la familia y
el apostolado sepamos vivir tu amor, que ha sido
derramado en nuestros corazones por tu Espíritu.*

2. Puntos para la meditación

La fraternidad es un elemento fundamental en la vivencia de la fe cristiana. Veamos cómo lo vivió Claret y cómo estamos llamados a vivirlo nosotros.

2.1. *De hijos a hermanos*

Meditábamos ayer por la tarde cómo Claret redescubrió y vivió su relación con el Padre. Pero precisamente esta experiencia de filiación le hizo ver que el Padre no era solamente su Padre sino que lo era de todos los demás; por lo tanto, los otros se convertían en sus hermanos. No podía separar al Padre de los hermanos y a estos del Padre. **El amor al Padre y del Padre lo llevaba al amor a los hermanos.**

Claret nació en una familia numerosa. Así como experimentó la paternidad y la maternidad de forma positiva con sus padres, experimentó la fraternidad en sus múltiples hermanos. Deberían haber sido once, pero sobrevivieron solo seis; él era el quinto; por lo tanto tuvo hermanos y hermanas mayores y menores (cf. Aut 6).

El ambiente religioso le conducía naturalmente a la vivencia de Dios como Padre y de los demás como hermanos. Esto aparece ya en su primera infancia. Él era consciente de que humanamente hablando le “*cupó por suerte un alma buena* (Sab 8,19). Esto es, recibí de Dios un buen natural o índole por un puro efecto de su bondad” (Aut 18). Naturalmente se experimentó con un “corazón tan tierno y compasivo” (Aut

10), que aplicado al ambiente religioso que también vivía, se sintió llamado a preocuparse por el pobre y el pecador.

Él mismo afirmó en su *Autobiografía* refiriéndose a sus primeros sentimientos, respecto de **su amor a los pobres y desvalidos**: “me quitaré el pan de la boca para dárselo al pobrecito y aun me abstendré de ponérmelo en la boca para tenerlo y darlo cuando me lo pida...” (Aut 10). Otro ejemplo lo vemos en lo que cuenta de su relación con su abuelo materno en una de las varias incursiones del ejército francés, mientras trataban de escapar: “las primeras veces de huir, me acuerdo, me llevaban en hombros, pero las últimas, que ya tenía cuatro o cinco años, y andaba a pie y daba la mano a mi abuelo Juan Clará, padre de mi madre; y como era de noche y a él ya le escaseaba la vista, le advertía de los tropiezos con tanta paciencia y cariño, que el pobre viejo estaba muy consolado al ver que yo no le dejaba, ni me huía con los demás hermanos y primos, que nos dejaron a los dos solos, y siempre más le profesé mucho amor hasta que murió, y no sólo a él, sino también a todos los viejos y estropeados” (Aut 19).

También a los cinco años se manifestó ya **su compasión por los hermanos pecadores**: “Las primeras ideas de que tengo memoria son que cuando tenía unos cinco años, estando en la cama en lugar de dormir..., pensaba en la eternidad, pensaba: *siempre, siempre, siempre...* los que tengan la desgracia de ir a la eternidad de penas ¿jamás acabarán el penar, *siempre* tendrán que sufrir? *Sí, siempre, siempre tendrán que*

penar...” (Aut 8). Ya en su edad adulta volviendo a recordar estos primeros sentimientos repetía: “**Esa idea de la eternidad desgraciada**, que empezó en mí desde los cinco años con muchísima viveza, y que siempre más la he tenido muy presente, y que, Dios mediante, no se me olvidará jamás, **es el resorte y aguijón de mi celo para la salvación de las almas**” (Aut 15).

2.2. Las espinas estaban sofocando el buen trigo

Llegado a Barcelona para su especialización en el mundo textil quedó totalmente absorbido: “En este tiempo se cumplió en mí aquello del Evangelio: *que las espinas habían sofocado el buen trigo* (Mt 13,7). El continuo pensar en máquinas, telares, y en composiciones me tenía tan absorto, que no acertaba a pensar en otra cosa...” (Aut 65). Solo pensaba en su trabajo, su futuro, su apariencia, incluso, en el vestir elegantemente (cf. Aut 72). “Durante la misa me venían ideas nuevas, descubrimientos, etc., etc.; por manera que durante la misa tenía más máquinas en la cabeza que santos no había en el altar” (Aut 67). **Su corazón estaba tan centrado en él mismo y en sus proyectos de futuro que apenas le quedaba espacio para el Padre y menos para los hermanos.** En todo caso, “los hermanos” ahora se iban convirtiendo en potenciales competidores y rivales en su afán por progresar en el negocio textil.

Como vimos ayer, la crisis que poco a poco le estalló dentro le iba a llevar a recuperar de manera más madura y

radical la figura del Padre. Hasta el punto de querer abandonar todo el mundo y hacerse cartujo: **él solo con Dios solo; los hermanos habían desaparecido**. Pero, esta vocación temporal también entró en crisis, como él mismo reconocerá al finalizar el primer año de filosofía en el seminario de Vic: “Desde que me pasaron los deseos de ser Cartujo, que Dios me había dado para arrancarme del mundo, pensé, no sólo en santificar mi alma, sino también discurría continuamente qué haría y cómo lo haría para salvar las almas de mis prójimos...” (Aut 113). En el fondo, en su caso, continuaba en un egocentrismo, aunque ahora religioso, solo preocupado de su propia salvación: “santificar mi alma”; se olvidaba de los hermanos. Entonces, **redescubrió también a los hermanos: “mis prójimos”**. El Padre poco a poco lo iba conduciendo de nuevo al encuentro con los hermanos.

2.3. Al encuentro del hermano, como misionero

¿Por qué Claret redescubre a los hermanos? La respuesta que él dará es muy sencilla: el Padre que le ama, como meditábamos ayer, ama igualmente a los demás. De allí que **no puede vivir su filiación sin vivir la fraternidad**. “¡Oh prójimo mío!, yo te amo... Te amo porque Dios te ama. Te amo porque eres criado por Dios a su imagen y para el cielo. Te amo porque eres redimido por la sangre de Jesucristo... Te amo porque eres amado de María Santísima, mi queridísima Madre...” (Aut 448).

Claret piensa inmediatamente en el cómo podía **ayudar a los hermanos a vivir el amor que el Padre les tenía**. Y lo dice a continuación: “Te amo, y por amor te libraré de los pecados y de las penas del infierno. Te amo, y por amor te instruiré y enseñaré los males de que te has de apartar y las virtudes que has de practicar, y te acompañaré por los caminos de las obras buenas y del cielo” (Aut 448).

Claret era un hombre extremadamente práctico. Cuando estaba en el mundo textil no solo trataba de entender cómo estaban hechas las muestras de los tejidos sino cómo había que adaptar los telares para que reprodujeran el tejido mejorado que él tenía en la mente (cf. Aut 62). De cara a la misión, Claret se dio cuenta de que **el gran instrumento era el anuncio de la Palabra del Padre**. Y con clara intuición llega a la siguiente consecuencia: “Aquí oigo una voz que dice: *El hombre necesita uno que le dé a conocer cuál es su ser, que le instruya acerca de sus deberes, le dirija a la virtud, renueve su corazón, le restablezca en su dignidad y en cierto modo en sus derechos y todo se hace por medio de la palabra. La palabra ha sido, es y será siempre la reina del mundo*” (Aut 449).

Esto se tradujo en un propósito práctico de su parte para vivir el amor a los hermanos: “¡Oh Dios mío!, os doy palabra que lo haré. **Predicaré, escribiré y haré circular libros buenos y hojas volantes** en abundancia a fin de ahogar el mal con la abundancia del

bien” (Aut 453). Esto es lo que iba a hacer a lo largo de toda su vida.

Claret se dio cuenta de que el trabajo era tanto y tan urgente, que no podía hacerlo solo; entonces descubrió otra dimensión de la fraternidad: “**poder hacer con otros lo que solo no puedo**” (*Carta al Nuncio*, Vic, 12 de agosto de 1849, en EC, I, 305). Durante sus correrías misioneras por Cataluña y Canarias en la década de los cuarenta hizo cuatro intentos de asociaciones sacerdotales apostólicas; en la última, llamada *Hermandad del Santísimo e Inmaculado Corazón de María...*, había no solo sacerdotes, sino también laicos, hombres y mujeres. Ya había fundado otras dos asociaciones de seculares para el apostolado. Al final de aquellos años, fundó la Congregación de Misioneros, que fue la asociación sacerdotal que consiguió consolidarse. Antes de marchar a Cuba ya había escrito el librito *Religiosas en sus casas*, todo un proyecto de vida consagrada apostólica en medio del mundo. Unos años más tarde, ya en Cuba, fundará con la Madre Antonia París el *Instituto Apostólico de la Inmaculada Concepción de María Santísima*. He aquí las raíces y los primeros brotes del árbol de la *Familia Claretiana*.

Yendo más allá de la mentalidad marcadamente machista de la sociedad y de la Iglesia de aquel tiempo, Claret, no obstante ser hijo de su época, **confió de una manera novedosa en las mujeres como auténticas apóstoles**. Se preocupó de formarlas con cantidad de libritos, predicaciones y asesoramiento para que llegaran a

convertirse en verdaderos sujetos de evangelización. Recordemos la negativa del arzobispo de Tarragona, Mons. Antonio Echánove, en aceptar el título de “diaconisas” para las mujeres dedicadas al apostolado. Temiendo que esta mentalidad tan restrictiva impidiera también el éxito del librito *Religiosas en sus casas*, escribió a su amigo Caixal diciéndole: “Aunque no sé si el S. Arzobispo tendrá que decir porque dice que enseñarán la Doctrina; se conoce que no puede ver que enseñen las mujeres...” (EC, I, 266). Además de fundar algunas instituciones para ellas, más adelante, en Madrid, se convirtió en el personaje clave para la aprobación y consolidación del múltiple despertar de congregaciones apostólicas femeninas en la España del siglo XIX.

Por más que en la década de los cuarenta no pudo vivir con otros compañeros de manera permanente debido a las difíciles circunstancias socio-políticas, a partir de la fundación de la Congregación de Misioneros, procuró nunca más vivir solo. **La experiencia de vivir la fraternidad en la misma casa fue, con diferentes características, una realidad que él trató de vivir siempre:** el primer año de la fundación de sus Misioneros en la Casa-misión de Vic; en la Curia diocesana de Santiago de Cuba, de la que escribió: “... Nuestra casa era la admiración de cuantos forasteros lo presenciaron... No podían menos que notar que nuestra casa era como una colmena, en que ya salían unos, ya entraban otros, según las disposiciones que les daba, y todos siempre contentos y alegres...” (Aut 608); en Madrid, pidiendo insistentemente al P. Xifré que le dejara tener algunos misioneros con él, y

lo consiguió; de tal manera, que incluso, luego en París y en Roma, contó siempre con la compañía de algunos hermanos; en Prades, pudo gozar, aunque fuera solo por dos semanas, de la fraternidad de muchos hermanos, que como él compartían el exilio en el sur de Francia; finalmente, en los casi tres meses que estuvo en el monasterio de Fontfroide, hasta su muerte, además de la exquisita fraternidad cisterciense, tuvo siempre consigo la compañía de unos pocos misioneros.

2.4. La gracia de amar de una manera especial a los pobres y a los enemigos como hermanos

La mirada de Claret ya desde su primer viaje a Roma en 1839, en el buque que lo llevó de Marsella a Civitavecchia, **se encontró con los pobres como hermanos**. Aceptó el dinero de un rico inglés y de otros más no para sí mismo sino para entregárselo a unos cuantos pobres que viajaban como él, pero todavía en peores condiciones (cf. Aut 129-135). Como hemos visto, esta actitud la encontramos ya en su infancia, cuando dice: “... Yo soy de corazón tan tierno y compasivo que no puedo ver una desgracia, una miseria que no la socorra, me quitaré el pan de la boca para dárselo al pobrecito...” (Aut 10).

Esta mirada atenta a los pobres de su entorno la mantendrá durante toda su vida. Ya sea en Viladrau con los enfermos que morían por falta de médicos; en sus correrías misioneras por Cataluña y

Canarias con la gente pobre y sencilla que no había escuchado la Palabra desde hacía más de una década; en Cuba con los varios rostros de pobres como los esclavos, las mujeres explotadas, los niños y las niñas sin educación, los campesinos e incluso sus sacerdotes; y en Madrid con los pobres que se agolpaban en la puerta de su casa e incluso con la Reina, una mujer humanamente pobre necesitada de comprensión y consejo; finalmente, en París, donde por su condición de exiliado hubiera podido desentenderse y exigir ayuda para él, en cambio, se interesó inmediatamente por los inmigrantes hispanos que la pasaban muy mal con muchos casos de suicidio. Sobre este cuidado para con los pobres volveremos con más detención en la meditación de mañana.

Claret encontró quienes se opusieron a su vida misionera ya en Cataluña, mucho más en Cuba y, sobre todo en Madrid, donde comenzó una persecución sistemática que se prolongó hasta el final de su vida en el sur de Francia. **Precisamente sintió a sus perseguidores como hermanos.**

La relación con estos hermanos fue doble. Por un lado, **era consciente del daño que las calumnias provocaban.** Estas eran de todo tipo y afectaban tanto a su honor como creando confusión entre los fieles. Sus enemigos llegaron a desprestigiarle con infinidad de caricaturas, con versiones espurias de algunas de sus obras e incluso con una biografía difamatoria. En julio de 1867, escribió a su amigo D. Paladio Currius: “Yo francamente le

digo que ya estoy harto con ocho años de persecuciones por ese dichoso Escorial” (EC, II, 1183).

Por otro lado, **se alegraba del beneficio espiritual que todo ello le causaba**. Por ejemplo, en 1865, un año especialmente difícil debido al reconocimiento del Reino de Italia por parte de Isabel II, los medios de comunicación se ensañaron con especial fiereza contra el Confesor; los católicos porque le acusaban de no haber manifestado públicamente su rechazo al reconocimiento y de no adherirse a las declaraciones de los obispos, y los demás porque querían aprovechar esta circunstancia para alejarlo de la corte. El mismo Claret, en un encuentro privado, aclaró a la Reina el sentido de su silencio, tal como él lo explica: “S. M. me preguntó qué me parecía de las Exposiciones de los Obispos. Yo le contesté que me parecía muy bien; le dije que lo mismo haría yo, si me hallara en su lugar. Ellos han de escribir porque se hallan ausentes, y yo no escribo ni hablo por escrito porque ya me hallo presente a V. M. y le hablo cara a cara. Ellos escriben en nombre sus ovejas; mas yo no he menester, porque no tengo más que una oveja, que el lobo me va a devorar, aludiendo a S. M., que bien lo entendió, y dijo: *Dios nos libre*” (Aut 832). Pocos meses más tarde, estando ya en Cataluña, tuvo un encuentro con el P. Clotet, cuyo testimonio resulta iluminador: “A fines de 1865 acompañándole yo desde Barcelona a Gracia, y suplicándole que uno de nosotros saliese a su defensa, me contestó con toda energía: *No me hablen ustedes de esto, yo sé lo que me conviene y lo que Dios exige de mí*. Otras veces le había oído decir: ***Si los enemigos supiesen el***

bien que me hacen con sus calumnias, de seguro no lo hacían” (*Proceso Informativo de Vic*, sesión 55).

Volviendo un poco atrás, recordemos las persecuciones sufridas en Cuba y en particular el atentado de Holguín. Un año antes, Claret había intervenido en la liberación de la cárcel a favor de su futuro agresor, el canario Antonio Pérez. A las pocas semanas del atentado, Claret suplicó al juez el indulto de la pena de muerte del reo e incluso estaba dispuesto a pagar su viaje de vuelta a Tenerife para librarle de la amenaza de linchamiento por parte de la gente. No consiguió el indulto solicitado, pero sí el cambio de la pena capital por diez años de prisión fuera de la Isla, en Ceuta. Claret no solo **experimentó la alegría de haber derramado su sangre** por el anuncio del Evangelio (cf. Aut 577), sino que, como su Señor, **perdonó a su frustrado asesino** (cf. 583-584).

Al final de 1864, en sus cuentas de consciencia, escribió: “Este año he sido muy calumniado y perseguido por toda clase de personas, por los periódicos, por folletos, libros remedados, por fotografías y por muchas otras cosas, y hasta por los mismos demonios. **Algún poquito a veces se resentía la naturaleza, pero me tranquilizaba luego y me resignaba y conformaba con la voluntad de Dios.** Contemplaba a Jesucristo y veía cuán lejos estaba aún de sufrir lo que Jesucristo sufrió por mí y así me tranquilizaba. En este mismo año he escrito el librito titulado *El consuelo de un alma calumniada*” (Aut 798). Como él mismo dice en este librito, encontró el necesario consuelo en el amor del Padre y en el ejemplo de

Jesucristo. A partir de este consuelo, **ve a sus enemigos como hermanos a los cuales amar**: “¡Oh Dios mío!, yo amo con todo mi corazón a todos mis enemigos, les deseo todo bien y felicidad. ¡Oh Padre mío!, perdonad a todos mis enemigos, concededles la gracia y la gloria del cielo, que es el mayor bien que les puedo desear” (*Consuelo de un alma calumniada*, cap. III).

El momento culminante de este amor a los enemigos como hermanos tuvo lugar en Roma, el 12 de octubre de 1869. “... A las 11,30 del día, el Señor me ha concedido el amor a los enemigos. Lo he sentido en mi corazón. El Señor lo ha asegurado con un prodigio... me ha concedido esta grande gracia” (*Autobiografía y escritos complementarios*, [AEC] 825-826). **Ocho años después de la otra grande gracia**, la de la conservación de las especies sacramentales (cf. Aut 694), **Claret experimentó el amor a los enemigos como el culmen de su configuración con Cristo**. Es significativo que concluya el relato con unas palabras de san Pablo: “Yo vivo ahora o más bien no soy yo quien vive, sino que Cristo vive en mí” (Gal 2,20). Y a continuación, añade: “Jesús miraba a los judíos como una madre que mira a sus hijos enfermos... que no saben lo que hacen ni lo que dicen. Son más dignos de lástima y compasión, que de indignación” (AEC, 826). Un año antes de morir, Claret se sintió profundamente identificado con su Maestro en la Cruz, que le enseñaba a mirar a todos como hermanos, incluidos los enemigos.

2.5. Llamados a vivir como hermanos en una familia misionera

Hay una palabra que expresa todo **el contenido del misterio y de la vivencia cristiana: comunión** (cf. 1Jn 1,1-3). Comunión con el Padre y el Hijo y entre nosotros, hasta que lleguemos a ser “uno” con ellos y entre nosotros (cf. Jn 17,11.20-23; Gal 3,26-28). Dios es amor (cf. 1Jn 4,8.16) y ha derramado ese amor en nosotros (cf. Rom 5,5), hemos sido pues hechos partícipes de la naturaleza divina (cf. 2Ped 1,4). De ahí que sea inseparable el amor a Dios del amor a los hermanos (cf. Mt 22,34-40; 1Jn 4,20-21). Y por eso, el amor es la mayor entre la fe, la esperanza y la caridad (cf. 1Cor 13), y es lo que tiene que distinguir a los discípulos de Cristo (cf. Jn 13,34-35; 15,12-17; 1Jn 3,11.16-18.23). **Por eso, la mayor virtud del misionero, dirá Claret, es el amor** (cf. Aut 438-453), el misionero es un hombre que arde en caridad (cf. Aut 494; AEC, 771).

Por otra parte, nos hallamos hoy día en una sociedad, muchas veces marcada por **el individualismo y “la globalización de la indiferencia”** (Papa Francisco). El sistema socio-económico imperante nos invita a vivir centrados en nosotros mismos y en el consumo como parte de un engranaje económico que necesita funcionar. Parecería que todos corremos frenéticamente por conseguir metas y logros, olvidándonos de las necesidades de los demás, incluso, luchando con los otros como competidores y rivales. Así se sintió Claret en su juventud, tal como lo hemos visto. Estas

formas de afrontar el significado de la vida son **los antípodas del mensaje evangélico**.

La vivencia de la filiación del Padre, hizo que Claret redescubriera el don de los hermanos. Como consecuencia de esta filiación Claret vivió una doble fraternidad, hacia el pueblo y hacia sus compañeros de misión. Como seguidores de Cristo al estilo de Claret, **estamos llamados a insistir en la fraternidad que brota del carisma y misión comunes**. A nosotros de manera especial el Maestro nos invita a ser sal, luz, ciudad sobre el monte tanto entre nosotros como en medio del mundo (cf. Mt 5, 13-14). Como decía Claret, que nuestras casas, comunidades, familias... sean como una “colmena” de la que entrar y salir siempre contentos y alegres de anunciar el Evangelio (cf. Aut 608).

Con qué facilidad distinguimos y descartamos entre los hermanos tanto en la comunidad o familia como fuera... Claret, en cambio, siguiendo el mensaje del Evangelio, comprendió y vivió en profundidad que **los pobres y los enemigos no solo son hermanos, sino incluso, los privilegiados**. Este es el reto.

3. Pistas para el tiempo personal

1. Relee y reflexiona los textos de Claret que hemos ido citando a lo largo de la meditación.
2. Piensa en el tipo de sociedad y de comunidad en la que tú concretamente te encuentras. ¿Te sientes empujado al individualismo, a la indiferencia, al descarte, al consumismo y a la competitividad, tal vez incluso entre los hermanos de misión o de la propia familia? ¿Descubres que la fraternidad con el pueblo y con los hermanos de misión es una fuente de enriquecimiento humano y espiritual? ¿Lo aprovechas?
3. ¿Qué lugar ocupan los pobres, en sentido socio-económico y en sentido moral y espiritual, en tu mente y en tu apostolado? ¿Son los descartados o los privilegiados?
4. ¿Vives tu dificultad con los que no piensan como tú o te critican (“los enemigos”) desde una actitud de victimismo, de agresividad o de manifiesto rechazo? O, como Claret ¿no permites que su hostilidad o indiferencia en lugar de hundirte te ayuden a amarlos con un amor sincero y efectivo?
5. En un momento de oración, da gracias a Dios por el don de los hermanos, de la comunidad, de la familia... con todas sus riquezas y desafíos. No dejes de orar por los que, tal vez, te resulta difícil la experiencia de fraternidad.

Carlos Sánchez Miranda, CMF